

# EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Os suplico que acepteis sus cordones de oro. (Pág. 34, col. 3).

## SUMARIO.

**ODIO Á BORDO**, por G. DE LA LANDELLE.

**LA CIENCIA PARA TODOS.**

**FÓRMULAS:** Lacre negro.— Modo fácil de conocer el vino adulterado con las sales de plomo.— Modo de reconocer el ácido sulfúrico que fraudulentamente se encuentra en el vinagre.

## ODIO Á BORDO.

POR M. G. DE LA LANDELLE.

PRIMERA PARTE.

LOS CORDONES DE ORO.

(Continuacion)

En las épocas de la República y del Imperio, segun dicen los antiguos oficiales, siempre soplaban viento borrascoso para los alumnos; pero tambien entonces se divertian. Cuando se veian reunidos cuatro ó cinco en una buhardilla y uno de ellos llegaba á proporcionarse dinero, ¡qué francachelas hacian! Pasó aquel tiempo, los alumnos del día son unos señoritos; pagan al sastre, llevan guantes y se rizan el pelo. ¡Nosotros sí que sabíamos gozar de nuestra juventud! exclaman los ancianos exhalando un suspiro.

Semejantes reproches no tienen una precision matemática, pero como la extension de nuestra marina militar deja pocas veces á los

alumnos en los puertos, no tienen las maneras tan francas. En los países extranjeros les es imposible entregarse á los mismos excesos, nunca se les permite dormir fuera del buque, y no van á tierra siempre que lo desean. Una aventura amorosa es para ellos fruto vedado, y la única diversion algo pintoresca que se procuran consiste en una boza con los ingleses. Una boza ó una biladura, es decir, una orgía, es de rigor en ciertas circunstancias.

Se halla estacionado un navio inglés en la bahía de Smirna y llega una fragata francesa; los comandantes y los oficiales de ambas naciones se hacen visita y se tratan con franqueza, y los aspirantes y los midshipmen se buscan y se convidan á comer. Esto es muy natural: si los ingleses han dado el ejemplo, el aspirante en jefe de la cámara toma elocuentemente la palabra una mañana despues de almorzar, y convence fácilmente á sus compañeros de que en honra del buque y de Francia es preciso pagarles el festin con otro monstruoso del cual se hable en todas las marinas del mundo.

—Señores, las aguas están bajas en nuestro saco, no tenemos mas que una mensualidad de sueldo y seria preciso llegar á viejos antes de subir á flor de agua sobre los hombros del comisario. Esto es histórico y nada lisongero! Convengo, pero apelo á vuestro patriotismo. Que cada cual aloje algunas monedas y haremos ir á fondo á los ingleses.

Dice, y por aclamacion se votan en seguida los créditos suplementarios.

Quando llega el gran día, se alza en la cámara una mesa suntuosa, abundan los vinos de toda especie, los convidados se animan, se entusiasman, cantan y bailan; á los postres, los midshipmen firman en francés y los franceses peroran en inglés; se empujan, se abrazan y acaban siempre por hacer pedazos los platos y las botellas. Sin embargo, son las nueve de la noche, resuena en la fragata una espantosa gritería, túbase el descanso de la tripulacion, y el comandante dá orden de que preparen el bote para conducir inmediatamente á todos los convidados á tierra. Salen de bordo cantando la *Andaluza de tez morena* y el *God save the queen*; interrumpen largo rato sus gritos el silencio de la bahía; saltan por fin en el muelle, y van á terminar donde pueden su saturnal marítima.

Un vaso roto y un plato descantillado figuran al día siguiente delante de cada alumno. ¡Triste espectáculo! un plato de judías y un enorme queso de Holanda constituyen todos los preparativos del almuerzo, y lo mismo sucederá en adelante, con la única diferencia de que la comida superará al almuerzo en una racion de carne de vaca.

—La gaveta está en la costa por tres meses, dice solemnemente el jefe de la cámara.

—Ya lo sabemos! ya lo sabemos!

—Pero ¿qué importa? ¿No han ido á fondo los ingleses?

—Quedaron derrotados vergonzosamente.

Sin embargo, desde aquel día memorable no se tratan ya con los midshipmen, y se ne-

cesita una fiesta nacional ó algun acontecimiento fortuito para que vuelvan á reunirse las dos cámaras. Apenas se saludan, y llegan por fin á olvidarse enteramente, por supuesto, hasta el siguiente banquete.

Cárlos de Pierremont es una excepcion bastante rara, pero se concibe que existen ciertos caracteres formales ó artistas que incesantemente han de sufrir bajo el uniforme de alumno.

¿Cuál no ha de ser la pena del jóven laborioso que trata de dedicarse al estudio mientras los demás compañeros están batallando en torno suyo? ¿Qué contrariedades no ha de experimentar el jóven aficionado á la música, al dibujo ó á la literatura? Los genios susceptibles cuyas palabras son acogidas con un diluvio de chocarrerías, odian la existencia común y tienen sed de aislamiento. Es preciso que el alumno se acostumbre á todo, hasta á la ociosidad, que hable con despejo y tenga prontas las respuestas, que le caractericen la audacia y la viveza y complete su genio la indiferencia.

La indiferencia es casi una gracia de estado para el marino.

El aspirante, modelo del género, — Julio Renaud, por ejemplo, podia pasar por tal, — es querido del marinero, y le aprecian en el alcázar bajo muchos conceptos.

—Es un buen muchacho, dicen los marineros; cuando está de servicio en el bote nos dice: Ea! os permito ir á beber un trago, pero cuidado con el que no esté de vuelta antes de cinco minutos, porque no le perdono y no volverá á pisar tierra. — ¡Muy bien dicho! no teme que le falten porque le conocen, y no es un tigre como otros muchos.

Los aspirantes saben que su deber consiste en ser los primeros cuando hay peligro; si un hombre cae al mar se arrojan en el bote y cogen un remo sin vacilar; en los desembarcos no ceden á nadie, con dificultad logran moderar su ardor los oficiales, y los marineros mas diligentes no pueden igualarles ni seguirles el paso. En un incendio, están tan pronto en lo alto de la arboladura como los mismos gavieros, y al trabajar en las bombas se despierta su entusiasmo y son intrépidos é incansables. El imberbe alumno conquista la charretera ó la cruz en Bona, en Bugia ó en Veracruz, y en los dias de borrasca, si es preciso dar ejemplo para subir á las vergas, todos los aspirantes se disputan esta gloria.

Y sin embargo, este jóven osado, el primero en el abordaje y el último en volver á embarcarse en una expedición á tierra; este estoico morador de la buhardilla ó de la cámara, desenfrenado en la orgía, insensible para las privaciones, alegre siempre á pesar de la pérdida de sus mas bellas ilusiones de gloria é independencia, dispuesto sin cesar á desplegar una temeridad tenaz, el aspirante desvergonzado es tímido y torpe cuando le introducen en un baile de etiqueta, donde no se atreve á desplegar los labios ni tiene valor para sacar una pareja; se retira pensativo á uno de los ángulos del salon y devora con sus miradas á la jóven que acaba de hacer la dama de sus pensamientos. Finalmente, por un esfuerzo desesperado se decide, y en el momento en que todos van á retirarse, va á implorar balbuceando el próximo vals ó rigodon. Si por fortuna ha llegado aun á tiempo, lo sentirá al instante, no hallará palabras que decir y desplegará amargamente una tentativa que le hará representar el papel mas desairado. El alumno de marina es tan inflamable como una pajueta química alemana; al menor frote queda perdidamente enamorado y arde en seguida toda la vida... ó por lo regular hasta el próximo baile.

Cuando ha hecho cuatro campañas halla en sus mas tiernos recuerdos cierta cantidad de pasiones igualmente eternas, de las cuales dos son españolas y una inglesa cuando menos, una criolla de la Martinica, y otra brasileña, chilena ó peruviiana, finalmente, varias pasajeras de todas las naciones. Habla de ellas con ligereza mezclada de melancolía, se rie de sus amores sin resultado y de tantas novelas principiadas y nunca acabadas. Algunas veces la impresion es sin embargo mas profunda.

«¿Es posible que sean tan necias las perso-

nas del gran mundo, dice entonces, cuando miran la vida del marino bajo su aspecto mas risueño, que lleguen á ensalzar la partida que le libra de todo compromiso y le permite revolotear de flor en flor? Tres cabañas, un rostro amigo y cuidados hospitalarios, añadid una mujer amada á este cuadro, y tengo mas de lo que necesito para tomar cariño á un fondeadero, aunque sea en la isla de Juan Mayen. Pero cuando nos hemos creado hábitos, cuando hemos llegado á encontrar el medio de pasar las veladas en tierra—este gran problema tan difícil de resolver en país extranjero,— cuando empezamos por fin á gozar los placeres de la dulce sociedad, la mas natural al hombre, nos obliga á romperlo todo la orden inhumana é inexorable de la partida. ¿Es posible vivir así á los veinte años?»

Por otra parte, por fuerte que sea la dosis de amor ó melancolía que haya tomado el alumno de marina, no os cause inquietud, pues se le reserva un antídoto seguro; este remedio soberano es el nombramiento de alférez de navio tanto tiempo esperado, tan ardentemente deseado. Al recibirlo deja de proponerse por modelo á Werther; la desesperacion cede pronto ante las virtudes mágicas de la primera charretera; vuelven con ella como por encanto todas las ilusiones, y es bien digno de excusa á fe mia si en tal momento olvida las vagas imágenes de una série de inhumanas esparcidas por las cuatro partes del mundo.

Hé aquí cómo acaban los amores del aspirante de marina: el nuevo subteniente los deja en la cámara con sus viejos cordones ennegrecidos y cruza el pasadizo que conduce á los camarotes de los oficiales.

Julio Renaud no ha dado aun este paso: no tenemos por consiguiente derecho de salir de la cámara de los alumnos de la *Brillante*, cuyo recuerdo en las Antillas ha inmortalizado un album burlesco.

Se le debe en efecto una coleccion de caricaturas en las cuales los colaboradores principiaron por sacrificarse reciprocamente para tener derecho de atacar al señor Labranche, al *sanguinario*, y al mismo comandante que no se incomodó con la broma.

Se le debe un cancionero marítimo burlesco, cuya lectura solo será prohibida á las niñas de menos de veinte y cinco años.

El que haya leído las coplas de la malograda Barbachú sabe que la verbosidad escandalosa de Fargeolles no se paraba á la mitad del camino.

Recreábanse tambien en la cámara de la *Brillante* con la teoría del almuerzo en cinco tiempos, imitada del ejercicio de fusil, y la escuela de la comida en doce, parodiada del ejercicio de cañon.

Los alumnos tenían en tierra diversiones menos marítimas y mas coloniales; eran admitidos como jóvenes elegantes en varias casas de Fuerte Real, en la del señor Desgalets, el comisario, por ejemplo, en donde dejaron un largo y grato recuerdo los alumnos de la *Brillante*.

La tia Titine, Calipso y las demás mujeres de color que tienen el privilegio de ofrecer asientos á los oficiales de marina cuando toman el fresco en la Sabana, hacen aun elogios de Julio Renaud, de Ferragús, de Edmundo y de Arturo Davis.

Pero al acercarse el invierno la corbeta recibió orden de prepararse para regresar á Francia, de lo cual se alegraron Julio Renaud y sus compañeros.

La travesía de la Martinica á Brest fué tan divertida como el resto de la campaña. Desgraciadamente, la noticia de la muerte de Cárlos despedazó al llegar á Francia el noble corazón de Julio.

—Muerto!... muerto! Pierremont muerto!... exclamó con amargura. ¡Oh! yo le vengaré! Aunque pasen diez años antes de encontrar á ese infame Fargeolles, es preciso que muera uno de los dos.

Pocos dias antes la condesa de Bellegrave fué á visitar á la señora de Pierremont.

Fuera imposible pintar el doloroso espectáculo que se ofreció á sus ojos.

La pobre viuda estaba moribunda y se veía

á su lado una jóven pálida y tambien enferma que la servia sin desplegar los labios.

Era el silencio del luto interrumpido únicamente por oraciones de muerte.

La señora de Bellegrave cumplió escrupulosamente su piadoso encargo; pero ¿qué consuelos podia ofrecer á aquella madre santa cuyas lágrimas se dirigian á Dios? La jóven se unió directamente al mudo dolor de las dos mártires; todos los dias pasaba horas tristísimas á la cabecera de la madre de Cárlos.

¡Ah! el doctor Farelles habia presentado con razon que la señora de Pierremont no sobreviviria á la pérdida de su hijo!

—No maldigas al asesino, pobre Eglé, hija mia! Perdona al que me mata y te ha arrebatado la felicidad....

Tales fueron las postreras palabras de la señora de Pierremont.

Eglé le cerró los ojos con dolor y cayó anadada por su sacrificio filial.

La pobre jóven se quedaba sola en el mundo, sola y sin otra riqueza que los cordones de oro de su desposado; inmóvil y helada como el cadáver de la señora de Pierremont, tenia aun entre sus manos la triste prenda de su amor.

¿Cuántas horas fúnebres y terribles habian transcurrido desde la muerte de la noble viuda? ¿Quién lo sabe?...

La madre y la desposada de Cárlos estaban pálidas y frias, ambas inmóviles, la primera en el lecho de muerte, la segunda sobre el pavimento de su pobre morada, que Cárlos se lisonjeaba de llenar un dia de dicha y alegría. Sus ojos estaban cubiertos con un velo de muerte, pero en las facciones de la señora de Pierremont una expresion de dolor tranquilo se mezclaba con la celeste esperanza de la otra vida, y en las de Eglé solo se retrataban el dolor y la desesperacion.

Eglé vivia. Su corazón no habia cesado de latir cuando entró la condesa de Bellegrave que mandó trasladarla á su casa.

Cuando Julio Renaud saltó en tierra supo con desesperacion las funestas consecuencias de la muerte de su amigo.

Julio consiguió ver y hablar á Eglé, la cual, rodeada de solícitos y tiernos cuidados pero abrumada por la dolencia moral que lentamente la devoraba, le recibió con calma angelical.

—Os esperaba, señor Renaud, le dijo. Eras su amigo y os amaba! Si he de sobrevivirle, á Dios, solo á Dios perteneceré hasta mi muerte!...

Julio se inclinó respetuosamente, aunque hubiera deseado arrodillarse ante la piadosa huérfana.

Eglé continuó la conversacion con esfuerzo; veíanse á su lado los cordones de oro.

—Si estuviera segura, bien segura de morir, no me separaria de ellos jamás, murmuró; pero dicen que soy jóven, que viviré, y los ministros de la religion me mandan que viva en nombre de Dios!...

Julio la escuchaba abismado en su dolor.

Eglé tomó los cordones de oro y dijo:

—Es el símbolo de un amor que no existe ya en la tierra. Debiera desprenderme de ellos antes de consagrarme á Dios y á sus pobres, pero hoy mismo haré este sacrificio. Señor Renaud, os suplico que acepteis sus cordones de oro.

Julio recibió el sagrado presente con emocion inexplicable. Pero ¿brillaba en sus miradas el deseo de la venganza ó penetró la jóven sus secretos pensamientos?

Lo cierto es que añadió al instante temblando:

—Os los doy, señor Renaud, con una condicion....

—La acepto de antemano, señorita, dijo Julio con voz alterada.

—Que nunca tratareis de vengar su muerte!

Julio habia contenido sus lágrimas hasta oír estas palabras, pero entonces prorumpió en amargo llanto.

## SEGUNDA PARTE.

## SOR AGLAE.

## I.

## LOS ENCUENTROS.

Apenas fué desarmada la *Brillante*, el capitán Labranche partió á Tolon en busca de Fargeolles, el cual se había encontrado en varias acciones en la costa de África y había llegado á hacer olvidar el desafío del 16 de julio con su celo y su valor.

Se advertirá que las mismas intermitencias se reproducían siempre en su vida. Si su aptitud innegable hubiera sido dirigida hácia el bien, Fargeolles hubiese llegado á ser indudablemente un oficial de mérito, pero solo desplegaba sus cualidades obligado por alguna fuerza superior, y entonces alcanzaba gracia y rescataba una falta.

Fargeolles era valiente y tenía talento. Cuando quería salir de la esfera del cinismo, lo conseguía fácilmente; cuando cesaba de entregarse á bromas groseras, podía aun brillar y hacerse notable en los salones. Nadie manejaba con más destreza la ironía; poseía un tacto egoísta pero finísimo, y se valía de sus lisonjas para granjearse el aprecio de sus jefes.

Aunque continuaba siendo amable con sus compañeros y cruel con sus subalternos, no era menos bromista y turbulento, y poseía en fin la excesiva sangre fría del hombre absolutamente insensible.

Emilio Fargeolles servía bajo las órdenes del señor de Kergal, oficial de la antigua marina, carácter franco que se dejaba engañar fácilmente, que consideraba el valor como la prenda más superior, y que no comprendía que un valiente pudiera abrigar nunca baja de sentimientos.

El error del señor de Kergal es muy común, y hasta el que escribe esta historia habrá sido acusado sin duda de haberse divertido en imaginar un monstruo.

La intrepidez de Fargeolles había seducido al oficial superior, y por otra parte, el señor de Kergal había conocido en otro tiempo al capitán Fargeolles su padre, marino de gran mérito, célebre en todos los puertos de la Mancha por hazañas de corsario casi increíbles.

A pesar de la excelente posición que ocupaba Fargeolles en su buque, el señor Labranche no vaciló en dirigirle severas reprensiones; le juzgó con tono enojado, le habló de la muerte de Pierremont con una especie de horror y le enumeró sus consecuencias con severidad.

—Con el mismo golpe, le dijo, habeis dado muerte á su madre y frustrado el porvenir de una inocente jóven á quien el pobre Pierremont hubiera hecho feliz!... Preciso es, Emilio, que me unan á vos lazos muy íntimos para que no os maldiga!...

Fargeolles escuchó impasible hasta el fin al respetable oficial, y entonces respondió con frialdad y acentuando todas sus palabras:

—Ignoro, señor Labranche, cuáles son esos íntimos lazos que os unen á mí; conozco sin embargo que os debo inmensos servicios, y deseo pagarlos con usura... Pero me parece, caballero, que soy mayor de edad, y aunque fuerais mi padre, os hablaría hoy como voy á hablaros:—Hora es ya de que termine vuestra tutela. Soy alumno de primera clase, vos sois teniente de navío, y deseo no estaros subordinado sino para asuntos de servicio...

El capitán estaba pálido y conmovido; Fargeolles continuó con desapiadada sangre fría:

—La muerte de Pierremont es una desgracia, una fatalidad!... La muerte de su madre es su consecuencia, otra fatalidad!... Me batí con lealtad, conforme á las reglas y convenios hechos de antemano... El que acepta ó propone un desafío se expone á matar ó á morir. No toleraré que nadie me reprenda como de un crimen por lo que he hecho, porque en igual caso volvería á salir al campo. ¿Ignorais acaso, señor Labranche, que recibí un bofetón? Finalmente, que me maldigais ó no, os

declaro que nada me importa!... Vuestra maldición no es un asunto de servicio.

El señor Labranche quedó estremecido y bañado en frío sudor; estaba aterrado, herido en lo más íntimo de su corazón.

—Hubiese preferido, pensó, recibir de su mano diez puñaladas. ¡Oh! cielos! ¿estoy yo acaso también maldito? ¿No hallarán perdón mis faltas ante vos, Dios mío? ¿Existe en el infierno un suplicio que pueda compararse con el mío?

El teniente de navío, petrificado por la cruel respuesta de Fargeolles, no desplegó los labios.

El alumno saludó con gravedad y salió.

El señor Labranche bajó al bote y pasó algunos días de violenta agitación. Desde su última entrevista con el ingrato Fargeolles de día en día se aumentó su tristeza, y más misántropo y sombrío que nunca, llegaron todos á mirarle por fin como un monomaniaco incurable.

Por otra parte todo el mundo sabía que el señor Labranche había pasado muchos años en los pontones ingleses y había regresado casi desconocido. A consecuencia de sus padecimientos se habían alterado su genio y especialmente su memoria, y algunos se acordaban de que cuando llegó á Tolon con trabajo reconoció á sus parientes más próximos.

Sin embargo, sus cualidades de marino le recomendaron para volver á entrar en los cuadros de la marina real, y durante los primeros años de su regreso al servicio mereció repetidas notas honoríficas y fué considerado como un modelo de oficiales.

Finalmente, por un capricho extraordinario, había renunciado oficialmente á todo ascenso, pidiendo sin embargo que no le diesen el retiro. Los pasos que dió para alcanzar esta posición excepcional hubiesen bastado á cualquier otro para llegar á un grado superior.

El teniente de navío Labranche navegaba constantemente. Hacía excelentes servicios y gozaba de un aprecio tanto mayor en cuanto á nadie perjudicaba.

Las personas que pretenden explicarlo todo atribuyen benévolutamente su monomanía á su odio contra los ingleses, y por lo común se ignoraban sus relaciones con Fargeolles y casi nadie hablaba de su oficiosa tutela.

A pesar de la conversación que acabamos de reproducir, el anciano oficial no se desanimó y continuó siguiendo los pasos á Fargeolles, esforzándose en corregirle y serle útil por todos los medios posibles.

Los numerosos servicios que le prestó restablecieron paulatinamente entre ambos relaciones que aunque no eran afectuosas revelaban una recíproca amistad, y Fargeolles llegó á escribir algunas cartas á su protector, á quien enterneció su humildad é inspiró confianza de que la edad le corregiría. El señor Labranche se hacía una ilusión.

A fines de 1833,—el señor Labranche se hallaba entonces en China,—un año después del nombramiento general de nuestra promoción al grado de subteniente, Fargeolles y Julio Renaud se volvieron á hallar juntos á bordo de la *Victoriosa*, mandada por el conde de Bellegrave.

Julio había prometido á Eglé, al aceptar los cordones de oro, que nunca trataría de vengar á Carlos. Hemos dicho además que ninguna animosidad cabía en el corazón generoso de Julio Renaud, que merecía la protección de su comandante, y era querido de los demás miembros del estado mayor y popular entre la tripulación de que formaba parte el gaviero Gaussard.

Fargeolles por el contrario era mal visto y se portaba con política y cautela. Siendo el último que había llegado á bordo, no se hallaba en posición de ejercer una influencia perniciosa, pero por su categoría de antigüedad, hubiera debido mandar la compañía de desembarque en una ocasión en que se rebelaron las tropas alemanas de Rio Janeiro.

La escuadra francesa enviaba á tierra un batallón de marinos á petición del emperador del Brasil.

Fargeolles no estaba dispuesto para partir á la cabeza de su compañía, y por orden del conde de Bellegrave, le reemplazó Renaud, el

cual se distinguió contribuyendo más que nadie á apaciguar la insurrección.

A su regreso á bordo por la noche Fargeolles le provocó y la disputa terminó con un desafío. Felizmente llegó á noticia del gaviero Gaussard, el cual dió parte inmediatamente al comandante, y el día siguiente, antes que los dos subtenientes hubiesen podido bajar juntos á tierra, Julio fué embarcado con Gaussard en la *Ligera*, que partió aquel mismo día para Francia.

Julio Renaud y el gaviero Gaussard volvieron á embarcarse en la corbeta de carga la *Severa*, mandada por el señor de Kergal. El señor Labranche era teniente del buque en el cual faltaba un oficial.

Cuando una corbeta de carga está en franquía para un punto distante con su personal, sus pasajeros, sus animales y sus jaulas llenas de aves, más se parece al arca de Noé que á un buque de guerra. En popa se ven oficiales de ejército de tierra, mujeres, niños y viajeros de diversas clases, y en proa soldados, ó para usar el lenguaje de á bordo, *militares*, apretados, estrujados, fastidiados y maldiciendo á la tripulación que los trata con dureza, los vientos que los detienen y su suerte que los envía de guarnición allende los mares. Los carneros balan, los bueyes mugen, los gallos cantan, las gallinas cacarean, los marineros juran y los oficiales del buque están de un humor insufrible.

Tal era á corta diferencia á principios de junio la situación de la *Severa*, dispuesta más de ocho días hacia á darse á la vela para la isla de Borbon; solo le faltaba una brisa favorable para salir de la bahía de Brest, pero por una fatalidad muy común en la punta occidental de Francia, apenas estuvieron embarcadas las tropas los vientos se volvieron al oeste, y venían derechos del lado de la boca de la bahía.

Finalmente, el 12 se apaciguó el viento de mar y el 13 soplaba la brisa de tierra, todo se disponía definitivamente para aparejar cuando el intérprete oficial del prefecto marítimo, el vigía, dió la señal de que se retardase la partida. Los marineros y los soldados no pudieron reprimir por más tiempo su descontento, y más de una imprecación enérgicamente acentuada respondió al aciago gallardeton que suspendía de aquel modo las operaciones de la corbeta; en la parte aristocrática del buque aunque las quejas no eran tan groseras en la forma, no eran menos amargas en el fondo.

—A la verdad, señor Renaud, decía dogmáticamente un señor comisario de marina al subteniente de guardia, á la verdad que con este gobierno no hay más que orden, contraorden y desorden. Mientras los vientos han sido contrarios nos han dejado en libertad para partir y ahora nos ponen obstáculos para darnos á la vela. Hablad con franqueza, ¿entendeis este misterio?

—Ignoro la causa de la contraorden, respondió el subteniente de navío sonriendo; pero será sin duda algún despacho llegado con el último correo, que nos enviarán al momento, y después podremos arriar y largar las velas.

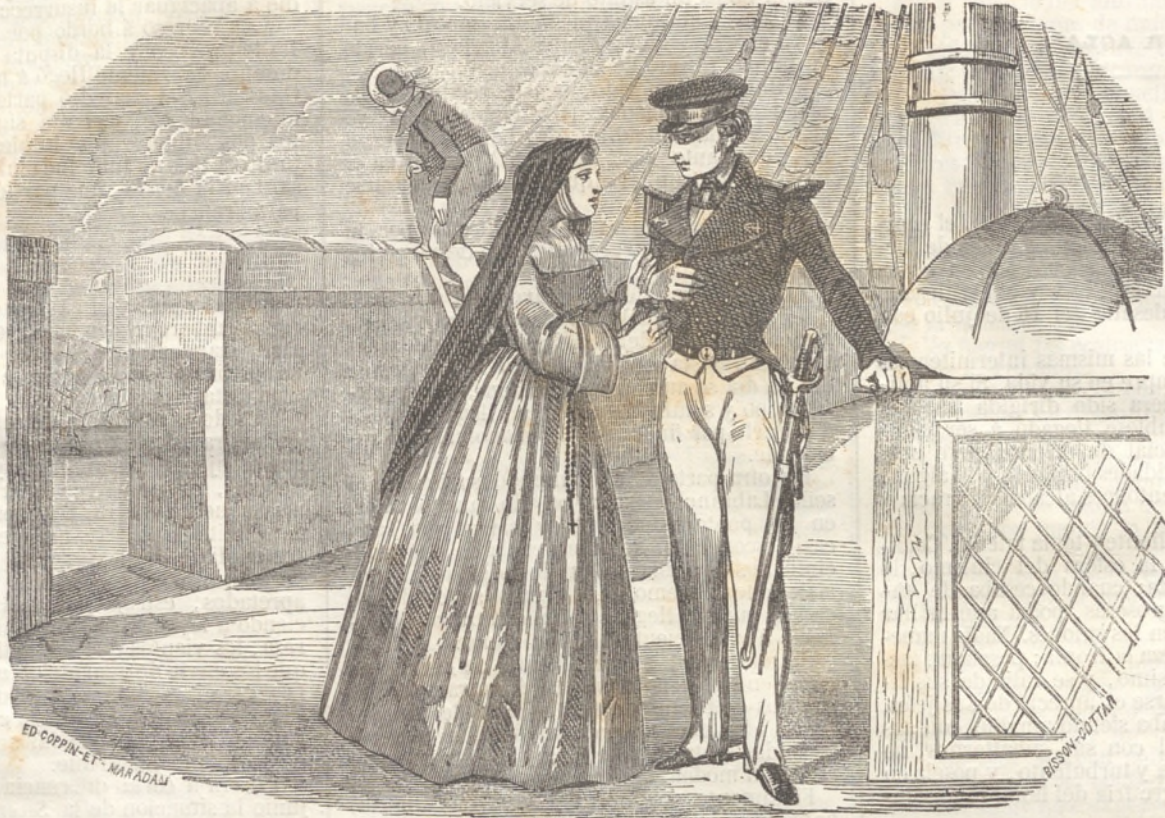
La señora de la Riziere, esposa del empleado, meneó la cabeza indolentemente como las criollas, hizo un gesto ridículo con pretensiones de sentimental y fijó sus ojos en Julio.

—¿Es decir que creéis que zarparemos hoy? le preguntó.

—Estoy seguro, señora. Pero mirad, gritó el subteniente, mirad un bote que sale del puerto y se dirige hácia el buque; él va á poner fin á nuestra incertidumbre.

Y al decir estas palabras saludó respetuosamente á la señora de la Riziere y á su hija que estaba sentada á su lado para ir á examinar con más atención el bote.

Julio Renaud llevaba la gola, insignia distintiva del oficial de servicio; sus deberes le obligaban á romper una conversación llena de atractivos, porque durante un mes pasado en Brest en intimidad con la familia de la Riziere, había tenido tiempo de apreciar la belleza, la gracia y el talento de Antonina, jóven de diez y ocho años, cuya educación reciente-



Señor Renaud, paz, paciencia y perdon!... (Pág. 37, col. 1.)

mente terminada, había sido la causa principal del viaje á Francia de sus padres.

El señor de la Riziere estaba agregado como subcomisario al servicio administrativo de la isla de Borbon donde se había casado; su esposa había deseado que Antonina se educase en París. Habiendo la joven terminado sus estudios, esta circunstancia había proporcionado una ocasion excelente de visitar la Francia y su capital á la señora de la Riziere, belleza en decadencia, pero no sin pretensiones, que no podia olvidar los triunfos alcanzados en San Dionisio durante la ocupacion inglesa.

Aunque el comisario adolecia de una gran copia de ridiculeces y acumulaba en su limitada inteligencia las preocupaciones de un colono y las rutinarias ideas de un empleado, era no obstante una persona excelente; su mujer le gobernaba hacia veinte años, y él se dejaba gobernar con resignacion angelical. Gozaba de buena reputacion entre sus jefes, pues su exactitud rayaba en minuciosidad, y los criollos le apreciaban mucho, á pesar de la coquetería de su cara mitad, porque hacia entre ellos alarde de negrofobia, al mismo tiempo que trataba á sus esclavos con bondad proverbial. Todo el mundo sabia que no era el suyo el nombre que llevaba; se habia llamado antes Martin, Dubois ó Legrés, de lo cual se cuidaban muy poco en la colonia porque podian averiguarlo fácilmente con solo hojear el anuario de la marina. El buen empleado, al pasar bajo las horcas caudinas del matrimonio, habia tomado como hacen muchos el nombre de una heredera y una plantacion á las cuales se habia asimilado completamente; además, esta costumbre es muy comun entre los trópicos para que merezca los honores de una digresion.

Julio Renaud lo sabia, pero ¿qué le importaba? Antonina era una joven graciosísima; la travesía, preparada por las relaciones de amistad hechas en tierra, se anunciaba bajo los mas felices auspicios; confiaba en primer lugar ser el caballero de aquellas señoras, y mas adelante durante su permanencia en el apostadero de San Dionisio de Borbon, ir á visitarlas cuando se lo permitiese el servicio: era un horizonte de dicha para tres años al menos. Y además, como los buenos sentimientos no impiden que se escuche lo que se dice, no ig-

noraba que la fortuna del señor de la Riziere era sólida y respetable, y esta consideracion compensaba con usura los raros caprichos de la madre, sus frases ampulosas y hasta la capa de bermellon con que se cubria las mejillas desde que asomaba la aurora. El papá era mirado como un cero á la izquierda en los cálculos del subteniente, por lo cual quedaba en la cuenta una criolla joven, linda, amable, de talento, muy bien educada, á quien creia no haber disgustado, é hija única, circunstancia que no se opone á las ilusiones amorosas.

Estas reflexiones, realizadas tal vez por la perspectiva de una casa magnífica, de una multitud de bosques de cocos, de campos de cañas y de árboles de especias, pero presentadas indudablemente bajo una forma menos prosaica, agitaban dulcemente el corazon de Julio Renaud, cuando despues de haber saludado á la señora de Riziere y haber encontrado por una feliz casualidad los hermosos ojos negros de Antonina, dirigió los suyos al bote que salia del puerto.

Pronto se pudo distinguir en la embarcacion un oficial embozado en su capa impermeable y recostado sobre un monton de maletas y sacos como un hombre que va á embarcarse. Julio bajó del banco de guardia y volvió á donde estaban las damas.

—Nuestro contratiempo es una cosa muy sencilla, les dijo; nos llega un nuevo compañero de viaje, un oficial de marina enviado probablemente á los mares de la India en complemento de estado mayor: no tardaremos en zarpar.

—Acepto el augurio, dijo el señor de la Riziere.

—Señor Renaud, añadió su respetable esposa, os doy las gracias; siempre sois mensajero de buenas noticias.

Antonina se limitó á sonreír graciosamente mirando á Julio, pero un grumete se presentó al momento diciendo que se acercaba el bote á la corbeta.

Los reglamentos marítimos prescriben al oficial de guardia que vaya á recibir á la escalera del buque á los oficiales que suben á bordo. Dos grumetes, sombrero en mano, tienden las cuerdas cubiertas de paño al recién llegado, el centinela le ofrece las armas

y el contra maestre de servicio dá un silbido para saludarle.

Julio dió las órdenes necesarias para que cada cual se conformase á este ceremonial y llegó á la escalera en el momento en que subia el oficial del bote.

Su paso, su actitud y su rostro revelaron hasta entonces la mayor indiferencia, la dulce voz de Antonina resonaba aun en su oido y habia conservado la sonrisa en sus labios; pero de pronto se efectuó en él una extraña revolucion, palideció, quedó petrificado y se vió precisado á hacer un violento esfuerzo para devolver militarmente un saludo glacial á Emilio Fargeolles.

Este pasó friamente sin dirigirle una palabra, pero sus delgados labios se contrajeron y sus ojos brillaron con el fuego del odio.

Fargeolles habia llegado de París el dia anterior y venia en efecto á ocupar la plaza vacante. Se dirigió hácia el comandante que habia conocido y apreciado á su padre.

El teniente de la *Severa* era el capitán La-branche.

Debe atribuirse á los esfuerzos combinados de los dos jefes del buque la orden fatal que volvió á poner en contacto á Julio Renaud con el asesino de Pierremont.

La *Severa* izó sus velas.

Sor Aglae iba de pasajera á bordo.

## II.

### [LOS DOS SUBTENIENTES.]

En el momento de subir á bordo Emilio Fargeolles, sor Aglae se hallaba en el puente y le conoció, sintiendo en su corazon una opresion dolorosa. Advirtió el movimiento convulsivo de Julio Renaud, se estremeció y dirigió al cielo una piadosa invocacion en favor del amigo de Carlos.

El gaviero Gaussard lanzó un voto enérgico que salia tambien del fondo del corazon, pues es cierto que los extremos se tocan.

—Malísimo encuentro! Casualidad del infierno! Maldita suerte! dijo.

—¿Qué teneis, tio Gaussard? preguntó Papillon, el grumete de Julio Renaud.

—Tengo, ¡voto al diablo!.... tengo que cor-

No es cosa buena, hijos míos, es *Viento de proa*. (Pág. 37, col. 2).

remos todos una mala banda y particularmente tu amo...

El desenvolvimiento de este tema, apoyado con auténticos relatos, quedó reservado para ocasión mas oportuna, porque Gaussard recibió orden de ir al palo de bauprés.

Sor Aglae no había dirigido aun la palabra á Julio Renaud desde que se hallaba á bordo con otras varias hermanas de la Caridad destinadas á los hospitales de la isla de Borbon, pero se atrevió entonces á acercarse al subteniente y decirle con voz trémula:

—Señor Renaud, paz, paciencia y perdón!... En nombre de vuestra promesa, en nombre del Dios de misericordia!

Dijo, inclinó la frente y siguió á la superiora de su comunidad al pequeño convento de Iona dedicado á las religiosas pasajeras.

—Eglé!... Eglé de Pierremont!... la desposada de Carlos! murmuró Julio que la conoció al momento. Ella á bordo!... Paz.... paciencia.... perdón! Dios quiera que sea posible! Pues bien!... sí, haré ver que he olvidado nuestra última contienda de Rio Janeiro, nuestro desafío frustrado hace cerca de dos años... Sí; como á bordo de la *Victoriosa*, no hablaré nunca de Pierremont, evitaré las ocasiones de disputa, no trataré de vengar á mi mejor amigo!... Para apaciguar los arrebatos de mi ira, me encerraré en mi camarote, contemplaré sus cordones de oro, preciosa reliquia de nuestra amistad, recordaré las piadosas palabras de Eglé, la tierna voz de la hermana de la Caridad, y mi doble promesa.... porque, aquí mismo, aunque mis labios no han respondido, he prometido desde el fondo de mi alma.

Mientras hacia Julio estas reflexiones, Fargeolles era recibido con júbilo por el señor de Kergal, comandante de la corbeta, y el teniente Labranche le daba la mano con emoción paternal.

—He conseguido lo que deseaba, querido Emilio, decía el anciano, sois nuestro oficial predilecto. Yo voy á cumplir sesenta años, y este viaje será para mí el último; tengo la mas dulce satisfacción, hijo mio, en hacerlo á tu lado.

Fargeolles dió primero las gracias al señor de Kergal.

—Mi comandante, añadió, debo declararos desde ahora que estoy muy gozoso de servir á

vuestras órdenes y que sabré hacerme digno de tanto honor.

Al mismo tiempo entregó al oficial superior su nombramiento real.

Emilio habló despues con el teniente y le demostró su gratitud en términos que le enternecieron.

Fargeolles era recibido, segun vemos, á bordo de la *Severa* bajo mejores auspicios que en la *Victoriosa*, mandada por el conde de Bellegrave.

Los jefes le dieron por fin algunas instrucciones relativas al servicio y se dirigió á su puesto de maniobra.

Media hora despues la corbeta se había dado ya á la vela.

Encontrábase por consiguiente á bordo Julio Renaud, cuyas esperanzas de felicidad había destruido la inesperada aparición de Fargeolles, y el veterano de Angulema, cuya antigüedad en el grado de subteniente le constituía superior á Julio. Si al tiempo de zarpar la *Severa* le hubieran dejado en libertad entre el viaje y una orden de desembarque, dudamos que su amor á Antonina hubiese triunfado de su antigua antipatía contra Fargeolles; pero ya no era posible, la corbeta estaba fuera de la bahía y empezaba á cabecear sobre la marejada de alta mar.

Mientras los soldados de línea sentían los primeros efectos del mareo, tenía lugar en el puente un conciliábulo de marineros.

—¿Quién es el nuevo oficial? preguntaban hablando de Fargeolles los habitantes del alcázar.

Gaussard se encargó de responder:

—No es cosa buena, hijos míos, dijo, es *Viento de proa*, como le llamaban á bordo de la *Victoriosa* donde estábamos juntos hace dos años.

—Toma! toma! por lo visto el tío Gaussard ha navegado con todo el mundo, dijo el grumete Papillon interrumpiéndole.

—Tambien tu amo ha viajado en compañía de ese caballero, y no debe estar muy contento de volverle á hallar aquí.... ni yo tampoco.

—¡Ah! exclamaron los oyentes. ¿Luego media entre ambos algun lance desagradable?

—Lance desagradable pero honroso para el señor Renaud, *Corazon franco*, como le lla-

mábamos, añadió Gaussard. Os explicaré en dos palabras el asunto. Hubo un motin en Rio Janeiro; la guardia alemana se había rebelado, y el emperador suplicó al almirante que enviase los franceses para apaciguar la insurrección. Ahora empieza lo mas gracioso. *Viento de proa* era capitán de la compañía de desembarque; mandóle á llamar el comandante Bellegrave, pero no subía porque no estaba vestido de uniforme. Sobre esto se ha hablado mucho, mas lo pasaré de largo. Siendo pues el señor Renaud el segundo de la compañía, el comandante que estaba encolerizado, le mandó que se pusiera al frente de los muchachos sin hacer caso del otro, como era justo. Despues de algunos tiros, *Corazon franco* se presentó solo en medio de los grupos de los amotinados, espada en mano y gritándoles: Quietos! á formar! Ellos quisieron en un principio traspasarle con la bayoneta, pero nosotros apuntamos, dispuestos á hacer un estrago. Entonces, mas tranquilo que lo estoy yo ahora, nos manda que no nos movamos, y los alemanes llenos de asombro le escuchan. Les dijo que eran unos locos, que hacían un disparate, y les arengó con tanta elocuencia y energía que todo quedó al instante como una balsa de aceite. El emperador agradeció tanto su valor y destreza que suplicó al almirante que le enviase á Francia con recomendacion, pidiendo al rey que le nombrase en recompensa teniente de navío. Esto no impide que continúe siendo subteniente por cuanto no había cumplido, segun parece, con las condiciones prescritas por la ley. Ofendió de tal modo á *Viento de proa* esta distinción, que castigó á la mitad de la tripulación, y yo me chupé una noche de calabozo. Trató de armar disputas con el señor Renaud; pero el dia siguiente partía la *Ligera* para Brest, y *Corazon franco* y yo volvimos en ella á Francia. Hoy es la vez primera que vuelven á verse desde entonces.

—Pues es divertido, dijeron los marineros, tener á bordo semejante peste!

—Hemos zarpado el 13; reparad bien en esto, añadió con gravedad el tío Gaussard, y eso sin contar que ayer arrojaron el gato negro al mar los mata-ratones.

Estas palabras son muy significativas para los que hacen caso de las supersticiones del alcázar, y produjeron un efecto sensible en la

imaginación de los interlocutores. La llegada de Fargeolles fué considerada como una calamidad, y mas de un valiente marino, que no hubiera cejado ante el fuego de una escuadra, se dirigió á su puesto con temor y desaliento: era imposible principiar una larga travesía bajo mas tristes auspicios.

Gaussard contó además los trágicos sucesos de la *Tetis*, la muerte de Carlos de Pierremont y otros mil rasgos mas ó menos odiosos de la biografía de Fargeolles.

La presencia á bordo del nuevo oficial excitó tambien en la cámara de los alumnos la narración de sus antecedentes.

Desbagues, el mas antiguo de todos, contó que Fargeolles y Renaud se odiaban desde el navío escuela; que habian hecho ya dos viajes juntos, el último en 1833, y que el señor Renaud habia salido de la *Victoriosa* á consecuencia de una contienda muy seria con su compañero.

—¡Qué desgracia! añadió el alumno; su mala suerte los reúne otra vez, y su vida va á ser un continuo infierno.

—Ciertamente... es una desgracia, porque en todos tiempos el pez grande se ha comido al pequeño, dijo uno de los oyentes; os recomiendo por consiguiente que esteis alerta.

Roto estaba el equilibrio á bordo, y la guerra intestina que á veces se enciende al fin de las expediciones de larga duración, forzosamente habia de declararse en esta desde el principio.

Unicamente el comandante de la *Severa* ignoraba el fermento de discordia que se formaba en el estado mayor, pero aunque lo hubiera sabido no hubiese dado ningun paso para precaver un disgusto, porque el señor Kergal era uno de aquellos oficiales de la marina de Luis XVI que atravesaron la época de la República sin emigrar, por cuanto se hallaba entonces en los mares de la India; habia conservado además bajo el Imperio las tradiciones del antiguo régimen, y podia retratarse de una pincelada diciendo que su exterior recordaba las costumbres aristocráticas que cesaron con la Revolución. Se habia impuesto por norma de conducta no comunicarse con los miembros de su estado mayor sino para asuntos de servicio, á excepcion de los dias de gala en que los trataba espléndidamente en su mesa. Tenia además la mas ciega confianza en su teniente, aunque profesaba en política opiniones diametralmente opuestas á las suyas; pero felizmente esta circunstancia no perjudicaba la perfecta armonía entre las dos primeras autoridades.

El teniente Labranche obedecía siempre sin replicar y al pié de la letra; tieso como un centinela, seco como un pergamino de la edad media, activo, exacto, formal, tal era aquel oficial que nadie habia visto reír desde que estaba á bordo. La tripulación le daba el apodo de *Judio errante*, porque no cesaba de dar vueltas dia y noche por el buque; y se aseguraba que no dormía. Le apreciaban á causa de su justicia ilustrada que, sin castigar jamás sin motivo, no admitia ninguna transacción ni aceptaba circunstancias atenuantes sino en rarísimos casos.

Los demás oficiales eran indiferentes, diplomáticos ó egoístas: el lector comprenderá sin duda cuan falsa debia ser la posición de Julio Renaud.

Para completar la pintura del estado mayor de la *Severa* nos limitaremos á añadir que el cirujano era un jóven laborioso, que pasaba su vida estudiando en su camarote, y el contador encargado de la administración, un antiguo empleado inofensivo cuya conquista era fácil con el auxilio de un chiste.

Fargeolles quiso tener un partidario por insignificante que fuera; desde el segundo dia trataba con una familiaridad con frecuencia inconveniente al tímido empleado, que nunca se atrevió á pagarle en la misma moneda.

Uno de los principios admitidos tácitamente entre oficiales de marina consiste en que la vida de familia del estado mayor ha de ser un secreto para los pasajeros; pero este misterio, fácil de ocultar á todas las miradas cuando la presencia de los extraños á bordo es de corta duración, es en extremo penoso durante una larga travesía. Julio Renaud y Fargeolles trataron sin embargo de conformarse con la cos-

tumbre; en la mesa no se dirigian nunca una palabra y evitaban tomar parte directamente en una misma conversacion, y en los actos de servicio sus relaciones diarias no se apartaban de las fórmulas de una afectada política: semejantes relaciones son muy frecuentes á bordo y suele llamarse esto: *vivir políticamente*.

Julio, como oficial menos antiguo, tenia que presentarse dos veces cada dia á Fargeolles con exactitud escrupulosa, y en el mismo instante en que se oía la campana, se hallaba cara á cara de su enemigo y le decia:

—Tengo el honor de estar á vuestras órdenes.

Fargeolles saludaba, daba la consigna con tono seco ó pedante, y desaparecia dejando á Julio bajo una impresion parecida á la de un hombre que acaba de tocar un reptil venenoso.

Si por un acaso extraordinario el subteniente se despertaba algo tarde y subia algunos segundos despues de las doce de la noche ó de las cuatro de la mañana, Fargeolles daba primero las órdenes de noche, y nunca dejaba despues de añadir sentenciosamente:

—Se ha terminado la lista y nadie de la *tripulación* ha faltado, pues de lo contrario hubiera castigado severamente á los delincuentes como acostumbro.

Si algun marinero tardaba al mismo tiempo que Julio, Fargeolles le condenaba á dos ó tres horas de centinela en los obenques y dejaba con afectación á su colega el cuidado de mandar ejecutar la sentencia.

En lo concerniente al detall de la artillería, Julio estaba directamente bajo las órdenes de Fargeolles, que por todos los medios posibles trataba de hacerle sentir el peso de su autoridad.

Sin embargo, no mediaban personalidades, vejaciones aparentes ni groserías. Aunque Julio penetraba la intención de las palabras ó acciones de su enemigo, nadie lo advertia, y la culpa en caso de contienda hubiera recaído indispensablemente en el primero. Vefase por consiguiente precisado á comprimir su carácter franco, cariñoso, exaltado y susceptible de arrebató y hasta de violencia, mas por esta misma razon poco apto para luchar incesantemente y con rencor con un hombre frío, sarcástico y dueño siempre de sí mismo.

Ya se comprenderá cuán cruel seria la impresion de Julio Renaud cuando recibió en la escalera de la *Severa* al asesino de Pierremont.

Aun no se habian dicho los dos subtenientes una palabra y ya quedaba hecha la declaración de guerra; habian bastado sus miradas. Estaba abierta la lucha.

Peró ¡ah! no se trataba de un combate cuerpo á cuerpo: tales luchas son juegos de niños y sobre todo tan pasajeras!

Se trataba de sostener un ataque sin tregua durante mas de tres meses; se trataba de ser el mantenedor de un desafío lento en que Julio se veia contenido por su promesa tácita á sor Aglae.

Todas las ventajas estaban de parte de Fargeolles en la lucha, pues á este nunca le abandonaba la serenidad y era el luchar propio de su carácter. Renaud perdía terreno y estaba desmoralizado. Las hostilidades se rompieron desde el primer dia y continuaron sin que nadie lo advirtiera en servicio y fuera de él, en el puente y en los camarotes; finalmente, en todas partes y de un modo incesante. Fargeolles se gozaba con los tormentos del imprudente que se atrevia á resistirse contra su genio inflexible, y triunfaba.

No nos detendremos en describir lo que sufrió el impetuoso Julio Renaud viéndose obligado á comprimir continuamente su carácter.

Sor Aglae oraba en tanto por el amigo de Carlos de Pierremont.

### III.

#### ENTRE LOS TROPICOS.

El cielo azul de los trópicos es una agradable ilusión poética forjada en París, de modo que no nos atrevemos á declarar que el epíteto azul es un absurdo, y que ese cielo de que tanto se ha escrito es mucho menos azul que el de nuestra nebulosa y lluviosa capital, por-

que se creeria quizás que decimos una paradoja al sostener que no hay zona tan llena de nieblas como la tórrida. Y sin embargo, ¿no es muy sencillo que bajo un sol mas ardiente ha de ser mayor la evaporación y la atmósfera ha de estar mas cargada de vapores? Los vientos alisios desenvuelven con magnificencia en los parajes que refrescan un inmenso cortinaje matizado de todos colores; el cielo es blanco, dorado, purpúreo, sedoso, abigarrado, mosqueteado, rojo, violado y negro, pero jamás azul. En otras latitudes, no léjos del ecuador, la calma es el estado habitual del aire, y allí no soplan recias brisas que puedan por consiguiente desgarrar el rico velo que abriga los rayos del sol, ni violentas borrascas de Medía, como en Cádiz, que es entre paréntesis una de las ciudades cuyo cielo merece la calificación tan gratuitamente dada á todos los países cálidos del mundo.

Seis semanas despues de partir de Brest la corbeta de carga la *Severa*, estaba á punto de pasar la línea equinoccial; una noche fresca y oscura sucedia á un calor abrasador, y espesas nubes ocultaban las estrellas: la bonanza era completa.

Los pasajeros estaban reunidos en la popa para respirar libremente; la señora de la Riziere, sentada en la toldilla, conversaba familiarmente con un oficial de á bordo que recientemente habia sabido conquistar su aprecio; Antonina estaba á su lado, mas no tomaba parte en la conversacion; y el señor de la Riziere, en medio de un grupo de ociosos, disertaba segun su costumbre sobre alguna cuestion administrativa ó de cultivo colonial.

Subió Julio Renaud, buscó con la mirada al través de la oscuridad el vestido blanco de la jóven y se dirigió al momento hácia su lado; pero se paró repentinamente como si entre ambos se hubiese interpuesto un obstáculo insuperable.

Fargeolles estaba de servicio, y no debia ocuparse mas que de su guardia; Julio confiaba en esta circunstancia para poder pasar libremente una de aquellas dulces veladas de los primeros dias de su viaje; pero la bonanza era completa, no habia maniobra alguna que mandar, y la señora de la Riziere estaba al lado de su adversario Fargeolles.

—Las criollas, decia este con meloso acento, son mujeres adorables, y su indolencia respira una gracia encantadora y su genio es vivo y chistoso. No podeis figuraros, señora, qué hechizo hay para mí en su conversacion libre á la par que sentimental. Os juro que amo con pasión las colonias. La mujer no puede adquirir sino en ese clima embalsamado la perfección que nunca alcanza antes del medio dia de la vida.

Fargeolles tomó aliento despues de terminar estas pomposas frases, y la señora de la Riziere creyó en medio de su rubor que debia inducirle en voz baja á que moderase su elocuencia.

—Puede oiros mi hija, le dijo, hablad mas bajo.

—Es una niña, respondió el oficial; á su edad no se entiende el lenguaje misterioso del corazón.

Viéndose Fargeolles acogido con tibieza por el estado mayor que le conocia de larga fecha, se indemnizaba prodigando á los pasajeros sus chistes vulgares y sus hinchadas frases, pero generalmente se habia granjeado pocas simpatías. Unicamente á la señora de la Riziere le parecia gracioso y amable, y cuando le comparaba con Julio, encogia los hombros tanto como encogerlos puede una criolla. ¿Qué ha de pensarse en efecto, á los cuarenta años bien cumplidos, de un hombre neciamente enamorado de una niña tierna y sencilla, recién salida del colegio y naturalmente incapaz de oír ni aun de secreto las saladas aventuras que Fargeolles contaba con tanta gracia? Que Julio era un hombre sin gusto; y no obstante la señora de la Riziere le profesaba á su pesar un secreto cariño, y tal vez hubiera amado en él la falta de galantería que la mujer de tono le reprochaba.

Fargeolles habia penetrado fácilmente la opinión que formaba la criolla de Julio, y no dejaba pasar ninguna circunstancia en que pudiera ridiculizarle y convertirle en objeto de

menosprecio. Aquella misma noche se presentó la ocasión, pues una transición bien combinada le condujo á contar los antecedentes de Julio y las relaciones que le habían unido con él en otra época.

Antonina no le escuchaba, y apoyada en las trincheras, pensaba que la existencia á bordo era igual que la de colegio, con las mismas rivalidades, pasiones y chismes. Veinte veces había oído á Fargeolles burlarse pérfidamente de Julio, y nunca se había dignado contestarle. Cuando levantó la cabeza vió á algunos pasos al joven subteniente, inmóvil y mudo como una estatua, y le llamó con un ademán que él adivinó mas bien que vió entre la oscuridad.

—Gracias á Dios! la dijo acercándose; por fin podré hablaros, Antonina.

—¿Por qué os alegráis de tal modo de una circunstancia que os parece indiferente?

—Señorita, podreis acusarme...

—Hace quince días que apenas os veo; cualquiera diría que huís de mí.

—Huir de vos! exclamó el subteniente.... cuando mi única dicha es el veros!

—Pues en ese caso, ¿por qué no me ofreceis ya el brazo en el paseo de noche como haciais antes?

—Otro mas afortunado se me adelanta, otro que se sienta á la mesa al lado de vuestra madre, que acepta sus ofertas para subir al puente y le juzga sin duda mas digno de ese honor.

—Es cierto, respondió Antonina; pero ¿por eso habeis de huir de nosotras?

—Sí, señorita.

—¿Por qué motivo?

—Permitidme guardar silencio sobre este punto; así lo exige el honor. Básteme el hacer os advertir que Fargeolles y yo no nos hablamos nunca.

—¿Es acaso enemigo vuestro?

Julio se quedó indeciso al oír pregunta tan categórica y permaneció un momento en silencio; pronunciaron entonces su nombre á su lado y oyó claramente estas palabras:

—Por lo demás, señora, el señor Renaud tiene excelentes prendas, pero son mas propias de un filántropo que de un oficial de marina.

Era la noche tan oscura que ni la señora de la Riziere ni su interlocutor habían visto á Julio cuando se sentó al lado de Antonina; el subteniente estaba aterrado y no pensó mas en la pregunta de la joven, y esta no se atrevió á respirar, su corazón latía con violencia y presentía una catástrofe.

—En verdad, dijo la vieja coqueta, que me llenais de asombro, señor Fargeolles, pero quizás exagerais.

—No le falta en efecto cierto aire marcial que es muy apropiado á su nombre de paladín. Su apellido sería completo si se llamara César... el mas adecuado para un hombre que hace mil ochocientas leguas de camino para evitar un desafío.

—Cómo! un oficial! es imposible.

—Estaba conmigo, señora, á bordo de la *Victoriosa* en el Brasil; hemos hecho varios viajes juntos, pues tengo el gusto de encontrarle en todas partes desde la escuela de marina donde nos conocimos y donde gozaba la reputación de *delator*.

—¿Quién se lo había de figurar? Pero ¿sabéis que á pesar de sus ridiculeces le apreciaba?

—Os juro que tendría un disgusto, señora, en que por mí perdiera el concepto que os merece, y hubiera callado si no estuviera persuadido de que se atreve á pretender á vuestra hija.

—Nada se escapa á los ojos de una madre, respondió la señora de la Riziere con complacencia. Pero contadme la historia de la *Victoriosa*, añadió con curiosidad.

—Os la contaré en dos palabras: ese caballero me había enojado por algunas palabras imprudentes, y creí conveniente reprenderle como se merecía en presencia de todo el estado mayor. El nene quiso hacer el gallo, yo me amostacé... En una palabra, se convino en que el día siguiente iríamos á tierra (era en Rio Janeiro), y estaban nombrados los padrinos y elegidos el sitio y la hora, pero en el momento de salir de bordo, nuestro comandante, á

quien oficiosamente se lo habían contado todo (ya adivinareis cómo), embarcó al valeroso campeón en un buque que regresaba á Francia en aquel mismo instante. He sabido despues que la comedia estaba preparada de antemano, y que no sé con qué pretexto había solicitado que le desembarcasen. ¿Comprendeis ahora el motivo de la conducta reservada que guarda conmigo?

—Cielos! ¿qué teneis? preguntó Antonina á Julio.

—Me ahogo! murmuró el subteniente.

—Silencio... por Dios! no creo una palabra de lo que dice ese calumniador.

—Gracias, señorita, pero tendrais que creerlo todo si sufriera este último ultraje.

Antonina inclinó la cabeza suspirando.

Al principiar esta obra dijimos que Fargeolles y Renaud eran igualmente incapaces de odio por causas diametralmente opuestas, pero representamos al mismo tiempo á Julio Renaud como un joven de noble corazón y valiente, en quien no era la virtud dominante la paciencia.

A pesar de la poderosa influencia de sor Aglae, su cólera estalló mucho tiempo antes de su llegada á la isla de Borbon.

Dieron las ocho de la noche, y Julio, que debía encargarse de la guardia, se presentó á Fargeolles y pronunció con balbuciente voz su fórmula habitual:

—Tengo el honor de estar á vuestras órdenes.

—Bonanza! respondió el otro, el velamen segun el tiempo, el mismo camino y la misma consigna que ayer; que nadie falte á la lista á las siete y media.

—Está bien, respondió Julio, pero falta alguna cosa; dignaos seguirme cuatro pasos.

—¿Para asuntos de servicio?

—No.

—En ese caso perdonad si os digo que agradezco la oferta del paseo.

—Es forzoso que hablemos, exclamó Julio cogiéndole del brazo.

—Creo que me tocáis, dijo friamente; tened cuidado.

Julio llevó á su adversario bastante lejos para que ningun pasajero oyera sus palabras; era tanta la oscuridad que nadie podía advertir la emoción del primero ni la sonrisa sarcástica del segundo, y nadie se asombraba de su largo coloquio porque era la hora del relevo de la guardia.

Solamente Antonina temblaba.

—Sois un infame calumniador, caballero! dijo Julio con furor.

—Perfectamente, amiguito mio; ¿quereis un desafío? Poco peligroso será si os portais en Borbon como en Rio Janeiro.

—No repitais vuestros insultos, miserable! Nos batiremos en la primera arribada: os dejo libre la eleccion de las armas.

Fargeolles manifestó en un principio deseos de retirarse y hasta acababa de hacer un movimiento para ir á reunirse con la señora de la Riziere, pero sus ojos se dirigieron casualmente hácia el horizonte, y no se movió.

—Ya que os empeñais, dijo, prolongaré tan divertida conversacion.

—Me parece que ya es inútil.

—Es que yo considero la cuestion bajo otro aspecto: tengo que hacer una pequeña aclaracion, y os creo demasiado bien educado para que me deis con la palabra en la boca.

—Estoy de guardia; mañana continuaremos la conversacion.

—Tambien podiais haber aplazado para mañana vuestra provocacion y vuestros corteses epítetos de infame y miserable, pero me habeis dado el derecho de distraer de sus graves ocupaciones al oficial de servicio.

—Hablad pues; ¿qué quereis?

—Saber qué calumnias son esas de que me hablais no ha mucho; ¿á quién he dicho esas calumnias, cuándo, en qué sitio y contra quién?

—Contra mí, no ha mucho rato, aquí, á la señora de la Riziere, respondió Julio Renaud interrumpiéndole.

—¿Luego nos espiabais? Eso es lo que deseaba oír de vuestra propia boca.

—Os oia! dijo Julio fuera de sí.

Fargeolles no se movió durante diez minu-

tos, contemplando irónicamente á su adversario que, violentamente agitado por la escena anterior, no veía nada en torno suyo, y apretaba maquinalmente la bocina entre sus manos.

Fargeolles se acercó á su colega y le dijo al oído con acento de triunfo inexplicable:

—Os advierto, caballero, que ese chubasco estaba aun en el horizonte cuando os he entregado la guardia.

Julio le vió alejarse ahogando la risa y levantó los ojos al cielo.

—Arriar y cargar los juanetes! listo á las drizas de las gavias! gritó con terror.

Era demasiado tarde.

Las nubes que se arremolinaban con rapidez estallaron repentinamente con furiosos silbidos; la arboladura se doblegaba bajo el peso de las velas arrimadas por el viento contra los mástiles; los marineros, turbados con sobresalto en medio de su conversacion, de su canto ó del sueño, no pudieron ejecutar la órden de Julio, porque ninguna voz de mando avisándoles había precedido á la accion. Oyóse un triple crujido, rompiéronse al mismo tiempo los tres palos de juanete y la corbeta se inclinó sobre un costado.

—Arriar las gavias! gritó Julio.

Las gavias no podian bajar á lo largo de los palos, aunque los marineros se colgaban con fuerza de todas las cuerdas que podian favorecer este movimiento; alzóse un tumulto espantoso á bordo, y todo rodaba, crujió y caía hácia el costado opuesto al viento.

Nunca parece mas peligrosa la inclinacion del buque sobre la superficie igual del mar que cuando le sorprende una ráfaga violenta tras una bonanza, de modo que un chubasco que en un temporal no sería nada, puede ocasionar entonces serias averias.

El efecto del timon y algunas disposiciones tomadas con acierto hicieron que el buque llegase retrocediendo (porque las velas le obligaban á avanzar por la popa) á dar una vuelta redonda; las gavias se desprendieron y cayeron con grande estruendo, y la corbeta volvió á levantarse.

—Señor oficial de guardia! dijo imperiosamente una voz muy conocida.

—Aquí estoy, mi comandante.

—Haced que se reparen las averias, arreglad el velamen y que siga el buque su rumbo. Despues, haced que os releve el mas antiguo de los alumnos y venid al momento á mi camarote.

El señor de Kergal volvió á bajar despues de dar estas órdenes lacónicas. El castillo de popa estaba desierto; los pasajeros habían huido, porque una lluvia copiosa seguía á la ráfaga, y el oficial de guardia no vió en la sombra mas que un hombre que miraba con indiferencia los trabajos de los marineros.

Era Fargeolles que embozado en su capa de tela impermeable, presenciaba mofándose los multiplicados apuros de su compañero, se restregaba las manos y tosía de vez en cuando como para decirle:

—Estoy aquí; soy yo: me complazco en mi obra.

Julio sintió todo su cuerpo bañado en sudor frio. ¿Qué podía decir? ¿qué podía hacer? Fargeolles tenía indudablemente derecho de no salir de la popa, de toser y de burlarse con disimulo. El subteniente de servicio estaba en brasas, pero no por eso se paralizaron sus fuerzas, sino que por el contrario se multiplicaban, y los marineros hicieron prodigios de actividad, estimulados por su ejemplo.

A las diez de la noche se habían reparado ya todas las averias, los palos de juanete de reemplazados, aban á los que había roto la violencia de la ráfaga, y la *Severa* bogaba á toda vela con una brisa propicia cuyo principio había sido el maldito latigazo, y era suficiente para salir de la region de las calmas y navegar en seguida sin interrupcion hácia el Cabo de Buena Esperanza y la isla de Borbon.

Julio anunció su visita al comandante, entregó la guardia al alumno Desbagues, jefe de la cámara de los aspirantes, y entró por fin en el camarote del oficial superior.

(Se continuará.)



No repitais vuestros insultos, miserable! (Pág. 39, col. 2.)

## LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación).

64. *¿En qué proporción el gas hidrógeno, con el aire atmosférico haría explosión?*

Segun las investigaciones de sir Humphrey Davy, siete ú ocho partes de aire por una de gas produce el mas grande efecto explosivo; proporciones mas grandes de gas son menos peligrosas. Una mezcla de partes iguales de gas y aire arderia sin causar explosión. Lo mismo sucederia con una mezcla de dos ó tres de aire, y una de gas; pero cuatro de aire y una de gas empiezan á ser explosivas y esta tendencia aumenta hasta siete ú ocho partes de aire y una de gas; una cantidad mayor de gas disminuye la fuerza de la explosión.

65. *¿Cuál es el mejor medio de prevenir las explosiones de gas?*

Tener cuidado de no acercarse nunca á un respiradero de gas llevando una luz. Afortunadamente el gas que amenaza nuestra vida nos avisa el peligro con su olor picante. En este caso lo primero que debe hacerse es abrir todas las puertas y ventanas para ventilar la habitación y despues aguardar un poco á fin de que el gas acumulado se haya dispersado.

66. *¿El gas hidrógeno, sube ó baja cuando se escapa?*

Siendo doce veces mas ligero que el aire comun se eleva, por cuyo motivo seria mejor abrir las ventanas altas de la habitación. Pero todos los gases, manifestando una fuerte tendencia á difundirse, no suben ni bajan al grado que podria suponerse.

67. *¿Qué cantidad de gas hidrógeno en el aire puede poner en peligro la vida siendo respirado?*

Una quincuagésima parte puede producir efectos graves sobre los animales. Los que produce sobre el sistema humano son abatimien-

to, dolor de cabeza, malestar y una postracion general de las fuerzas vitales. Hé aquí la razon porque deben observarse muchas precauciones en el empleo del gas.

68. *¿Qué proporción de gas en el aire puede reconocerse por el olfato?*

Para las personas que tienen este órgano muy delicado basta que haya, para percibirla, una parte de gas en quinientas de aire atmosférico; pero es muy perceptible cuando hay una parte de gas en ciento cincuenta de aire. Por consiguiente, tenemos aviso del peligro mucho antes de que nos amenace.

69. *¿Qué otras cosas hay en nuestras habitaciones que produzcan hidrógeno?*

La descomposicion de sustancias animales y vegetales que contienen sulfuro é hidrógeno. Estas despiden un gas llamado hidrógeno sulfurado que nace principalmente de las emanaciones fétidas de los desagüaderos y aguas encharcadas. Por consiguiente debe tenerse mucho cuidado en que estos estén limpios y bien cerrados.

70. *El uso del gas para alumbrado ¿debe considerarse altamente peligroso?*

Nó, manejándolo con inteligencia. Los instrumentos para la regulacion del gas son tan sencillos y perfectos que los accidentes casi siempre proceden de descuidos. En Inglaterra se consumen ordinariamente 6,000,000 de toneladas de carbon de piedra en las fábricas de gas, que lo producen en cantidad de 60,000,000,000 de piés cúbicos, y sin embargo los accidentes son muy raros.

71. *¿Qué es calor?*

El calor es un principio en la naturaleza, el cual, como la luz y la electricidad, se comprende principalmente por sus efectos. Vulgarmente llamamos calor al que nace de la temperatura de los cuerpos sometidos á su influencia.

72. *¿Qué es calórico?*

Calórico es otro término para el calor. Sin

embargo debe usarse la palabra calórico cuando se habla de la causa del calor, y la de calor cuando se alude al efecto de la presencia del calórico.

73. *¿Cuál es el origen del calórico?*

El principal origen es el sol, aunque el calórico existe en mayor ó menor grado en todas las sustancias conocidas.

(Se continuará).

## FÓRMULAS.

### Lacre negro.

Se pone á derretir media onza de goma laca, y tres dracmas de trementina; y cuando lo estén se les añade cantidad suficiente de negro de marfil inglés.

Modo fácil de conocer el vino adulterado con las sales de plomo.

Se toma una porcion del vino sospechoso, se le mezcla carbon animal y se agita bien á fin de descolorarlo lo mas posible; en este estado se filtra con un papel, y al liquido que ha pasado por la filtracion se le añade un poco de sulfidato de potasa: si se enturbia formándose un precipitado negrozco, es señal de contener plomo, y en el caso de quedar claro es señal de estar exento de dicho metal. (CHEVALIER).

El sulfidato de potasa se obtiene haciendo pasar una corriente de ácido sulfídrico gaseoso al través de una disolucion de potasa cáustica á 15.º Baumé hasta que toda la potasa esté bien saturada. (THYLLAYE).

Modo de reconocer el ácido sulfúrico que fraudulentamente se encuentra en el vinagre.

Se toma una porcion de vinagre, al cual se le añade carbon animal para descolorarlo, y se filtra si el vinagre contiene ácido sulfúrico, al añadirle una disolucion de azoato de barita con un poco de ácido azoico se formará un precipitado blanco insoluble en este último ácido.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.